

Las tesis más importantes de este volumen ya han aparecido en artículos de Filippi y en su propia contribución a el imponente *Bolívar y Europa en las Crónicas, el pensamiento político y la historiografía* (Vol. I. 1986) que él dirigió. Aún así es bueno tenerlos juntos, en detalle más completo, en un solo lugar. La literatura sobre el "culto" a Bolívar en su contexto amplio es de ese modo enriquecido significativamente.

#### DE LOS ERRORES Y FALACIAS DE UN LIBRO SOBRE EL LOPECISMO (A propósito de Los Caballeros del postgomecismo)

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

No nos ha dejado de llamar la atención que un libro como el que hace poco publicó la historiadora Yolanda Segnini haya sido tan elogiado. Al parecer quienes se han asomado a las páginas de *Los caballeros del postgomecismo*. (Caracas: ALFADIL, 1991. 227 p.), no repararon en las poco sólidas bases sobre las cuales está construida esta obra. Un examen más detenido, una atenta relectura de *Los caballeros*. . . arroja otro resultado. Nos podemos dar cuenta que estamos ante una obra cuyos límites son imprecisos; la cual se sostiene sobre una serie de generalizaciones; volumen en el cual es escasa la fundamentación de muchas de sus afirmaciones; en cuyas páginas exhibe su autora un muy escaso conocimiento a la hora de manejar la terminología literaria; a la cual afean ciertas expresiones estilísticas (p. 26-88); el cual está plagado de errores históricos; en cuyas hojas su autora demuestra no estar preparada para ofrecer una edición anotada de un documento histórico (p. 189-211), dentro del cual ella ha intercalado anotaciones suyas que no son fácil de distinguir; obra en la cual aparecen registradas como muertas personas que están aun vivas (p. 203), tal es el caso del Dr. Pastor Oropeza<sup>1</sup> y en la cual ofende la memoria de figuras luminosas de aquellos días.

Esto sucede con Andrés Eloy Blanco (1897-1955) a quien la Segnini llama "realengo" (p. 102). Con tantos lunares *Los caballeros*. . . no constituyen seria obra de historiador. A través de sus páginas, y esto es una verdadera lástima, su autora apenas logra dibujar el tema en algunos de sus contornos. Apenas toca la inmensa e intensa trascendencia de aquellos días.

---

1. El mismo día en el cual apareció publicada la primera parte de este artículo (Los hombres de López Contreras. *El Nacional*, Caracas: julio 1, 1991), el maestro Pastor Oropeza fue entrevistado por Celso Pacheco a través de TELEVEN (Canal 10). El periodista para hacerlo se trasladó a Carora, sitio en donde en la actualidad reside Oropeza. Allí habíamos conversado nosotros con él, en presencia de su hijo Héctor Mujica, el 25 de febrero de 1990. Yolanda Segnini indica que el pionero de la pediatría en Venezuela había dejado de existir en 1989, meses antes de nuestro encuentro y dos años antes de su pánico con Celso Pacheco. El diálogo entre el periodista y el galeno no pasó desapercibido ya que el columnista Gustavo Jaén lo comentó en un artículo de prensa (Los pueblos de Pastor Oropeza, *El Universal*, Caracas: julio 12, 1991, Cuerpo 1, p. 4).

Hemos señalado antes que en *Los caballeros...* los límites históricos son imprecisos. Al leer la obra nos damos cuenta que lo que se nos ofrece es un estudio sobre los días durante los cuales el General Eleazar López Contreras (1883-1973) fue Presidente. Pese a esto desde el título se indica al lector que tiene en sus manos una interpretación en torno al postgomecismo (diciembre 17, 1935-octubre 18, 1945), dándose la paradoja que para nada se investiga el tiempo en que fue Jefe de Estado (mayo 5, 1941-octubre 18, 1945), el General Isaías Medina Angarita (1897-1953). Si bien el lopecismo (diciembre 17, 1935-abril 19, 1941) ha sido incorporado a la llamada década postgomecista no estuvo en el poder todo ese tiempo. No precisar, no delimitar, es una de las fallas de *Los caballeros...*

Esta obra se sostiene sobre una serie de generalizaciones. Todas ellas con escasa fundamentación. Tal cuando leemos "Esta es la primera vez en la historia de Venezuela en que un Presidente de la República reconoce a la opinión pública" (p. 43). Ante esto habría que preguntarse entonces ¿cuál fue la actitud de un Simón Bolívar (1783-1830) o de un José Antonio Páez (1790-1873), e incluso de un autócrata como Joaquín Crespo (1841-1898), ante la prensa. ¿Puede decirse que para nada les interesó? ¿Que durante el tiempo en que estuvieron en el poder no se llevaron a cabo hondos debates públicos en los cuales ellos fueron criticados? Iguales interrogantes se le siembran al lector cuando páginas más adelante encuentra esta afirmación: "El único antecedente de reflexión seria sobre el destino de Venezuela, por parte de su *intelligentzia*, puede encontrarse después de la disolución de Colombia en 1830" (p. 115), observación que reitera, ciento tres páginas más adelante, al afirmar "Salvo en el siglo XIX, durante los años de la llamada 'oligarquía conservadora' que dominó la escena política en los tiempos genésicos de la República, nunca más en nuestra historia los intelectuales venezolanos como cuerpo orgánico, se dedicaron a pensar el país" (p. 218). Según esto para ella el principio, la raíz, de nuestra emancipación no fue el 19 de Abril de 1810 sino el 6 de mayo de 1830, cuando se instaló en Valencia el Congreso Constituyente que separó a Venezuela de la Gran Colombia. Para la Segnini el Congreso Constituyente de 1811, el cual puso las bases del Estado venezolano, formado por lo más granado de nuestro pensamiento en aquellos días, o la Convención de Valencia en 1858, no constituyeron momentos serios durante los cuales nuestra dirigencia política e intelectual hizo un serio examen del país, de su pasado y de su futuro. No eran aquellos días de 1811 o de 1858, para sólo dar dos ejemplos, tiempos, como los actuales, en los cuales nuestros líderes, con las excepciones conocidas, las cuales señalan el mal, estaban contaminados de analfabetismo político.

Igual gusto por la generalización lo hayamos cuando se refiere al Ateneo de Caracas y apunta: "el único organismo de promoción de determinados valores culturales y de difusión de las bellas artes, que se ha mantenido vigente en Venezuela de manera ininterrumpida por más de medio siglo" (p. 131). Si eso es así desde el 8 de agosto de 1931, es una afirmación que no puede sostenerse como única ya que la Catedral de Caracas fue, como lo han demostrado estudiosos del tema,<sup>2</sup> durante más de trescientos años, el centro y corazón de la actividad

2. CARLOS F. DUARTE/GRACIANO GASPARINI: *Historia de la Catedral de Caracas*. Caracas: Ed. Armitano, 1989, p. 206.

artística venezolana; desde el 10 de abril de 1883 labora la Academia de la Lengua; desde el 28 de octubre de 1888 trabaja la Academia Nacional de la Historia y antes de la puesta en marcha del Ateneo de Caracas fue establecida la Sociedad Orquesta Sinfónica Venezuela la cual no se ha detenido en su actuación desde el momento en que la fundó el maestro Vicente Emilio Sojo (1887-1974), el año anterior de la fundación del Ateneo de Caracas, el 24 de junio de 1930.

Otras imprecisiones, hayamos cuando señala que Luis Alvarez Marcano (1908-1976) fue el primero entre nosotros en escribir "sobre crítica cinematográfica" (p. 88) cuando en verdad lo que hizo fue hacer crítica en esa especialidad, no teorizar sobre ella, que es lo que sugiere la Segnini; igual sucede cuando al clasificar un grupo de firmantes de un manifiesto denomina a una parte de ellos el "segundo montón" (p. 26); o cuando llama "realengos" (p. 102) a personalidades difíciles de clasificar. Realengos fueron para ella, durante el lopecismo, nada menos que Andrés Eloy Blanco que fue quien puso a andar la recuperación de las libertades democráticas al redactar el primer manifiesto que circuló al día siguiente de la muerte de Gómez. Las firmas de ese histórico papel las debió buscar Andrés Eloy, como él mismo lo refiere, a pie de casa en casa, horas después de conocerse la noticia de la muerte del tirano. El mismo Andrés Eloy así lo recordó: "Desde el 18 de diciembre de 1935 hasta las primeras elecciones Municipales, estuve yo por esas calles recogiendo firmas, ya en favor del primer manifiesto antigomecista, ya en pro de la República Española, ya en apoyo de las planchas populares. Desde 1937 no he recogido más".<sup>3</sup> Otro realengo para la Segnini fue Luis Barrios Cruz (1898-1968), director del diario *Ahora*, el periódico, fundado por Juan de Guruceaga (1897-1974), el cual orientó a la opinión pública durante el arduo debate que se inició en aquellas horas. No entendemos como al hablar de Barrios y de Andrés Eloy, pese a que traza en parte, en forma de diccionario, lo más relevante de sus actividades, puede llamarlos "realengos", palabra que si bien tiene sus raíces en el medioevo, en Venezuela, y también en Puerto Rico y Colombia, quiere decir vago, haragán, sin oficio, flojo.

De todas maneras no podrá hacerse una crítica completa de *Los caballeros...* sin aclarar los numerosos disparates que el libro contiene.

Hemos señalado antes que este libro de Yolanda Segnini contiene muchos errores históricos, falacias e imprecisiones, que se hace necesario corregir para que los lectores de *Los caballeros...* puedan tener una seria apreciación del período lopecista, una de las horas encrucijadas de la nación venezolana.

El lector se pregunta por qué la autora no señala de entrada que el manifiesto político hecho público a través de las columnas de *El Heraldo* de Caracas el 19 de diciembre de 1935 lo encabeza la firma de Andrés Eloy Blanco, quien fue quien lo gestó. Esto se explica por la inquina contra Blanco que exhibe la autora páginas más adelante (p. 102).

Donde se lee Vicente Fabbiani (p. 25) debe leerse Juan Vicente Fabbiani; se equivoca (p. 82) al decir que Julio Garmendia (1898-1977) "vivió en Europa

3. ANDRÉS ELOY BLANCO: *Obras Completas*. Caracas: Congreso de la República, 1973, t. v, p. 363.

de sus propias expensas durante 17 años (1923-40)" ya que durante siete de esos años laboró en nuestro servicio consular.<sup>4</sup>

La poesía escrita por Miguel Otero Silva (1908-1985) a la cual se refiere (p. 87) no puede ser denominada modernista sino vanguardista. Otero Silva se contó entre los poetas que insurgieron contra la tendencia modernista;<sup>5</sup> el diario *El Nacional* fue fundado por él junto a su padre y el poeta Antonio Arráiz (1903-1962) como él mismo lo señaló numerosas veces.<sup>6</sup>

Joaquín Gabaldón Márquez al contrario de lo que se afirma (p. 89) fue poeta solamente durante su experiencia vanguardista, cosa que enfatizó, décadas más tarde, cuando reunió su producción en ese género en el libro titulado *El poeta desaparecido y sus poemas*. (Caracas: Ed. Edime, 1954). De tal manera que la afirmación de Yolanda Segnini "Sin abandonar totalmente la poesía de corte vanguardista" es un error. Con ello nos muestra dos cosas: su escaso conocimiento, ya señalado por nosotros, para el examen de la historia literaria, su incapacidad para el estudio de la poesía, género que para entenderlo hay también que saber sentirlo, tener una educación estética. Pero también observamos que para nada leyó con atención las composiciones de Gabaldón Márquez.

Se equivoca cuando asienta que Mario Briceño Irigorry (1895-1958) "no tiene ninguna participación activa de tipo político hasta entrada la década de los 50" (p. 91). La misma Segnini dice que ejerció nuestra representación diplomática en varios países centroamericanos (1936-41). Pero su historial en este campo es muy amplio. Briceño Irigorry ingresó como funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores en 1921; fue Cónsul en New Orleans, Estados Unidos (1923-25); Secretario General del Gobierno del Estado Trujillo en 1927; Presidente del Estado Carabobo en 1928; Secretario de la Universidad Central de Venezuela (1928), en una época en la cual la Autonomía Universitaria no existía y estos nombramientos eran hechos por el Ejecutivo a través del Ministerio de Educación; fue además Director del Archivo Nacional (1942-43). Llegó a ser, antes del 18 de octubre de 1945, fin del postgomecismo, Presidente del Estado Bolívar (1943-44) y Presidente del Congreso Nacional (1945). Más tarde fue Embajador en Colombia (1949-50), todos estos cargos nos indican una honda participación política la cual se acentuó a partir de 1951, y durante los siete años siguientes, hasta su deceso,<sup>7</sup> cuando Don Mario se puso al frente de la oposición contra la dictadura de Pérez Jiménez. ¿No fueron todos los cargos citados posiciones políticas? Acaso la escogencia de las cabezas de nuestras representaciones diplomáticas y consulares no constituían entonces, como también ahora, una decisión política? ¿No son políticos quienes presiden un Estado o rigen el Parlamento?

4. DOMINGO MILIANI/OSCAR, SAMBRANO URDANETA: *Literatura hispanoamericana*. Caracas: Ed. Texto, 1972, t. II, p. 275.

5. Sobre ello puede consultarse JUAN LISCANO: *Panorama de la literatura venezolana actual* Caracas: Publicaciones Españolas, 1973, p. 201; JOSÉ RAMÓN MEDINA: *80 años de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Avila Editores, 1981, pp. 90, 104, 105, 108 o el prólogo del mismo Otero Silva a JOAQUÍN GABALDÓN MÁRQUEZ: *El poeta desaparecido y sus poemas*. Caracas: Ed. Edime, 1954, pp. 9-11.

6. MIGUEL OTERO SILVA: *Prosa completa*. Caracas: Seix Barral, 1977, p. 90.

7. ELVIRA MACHT DE VERA: "Cronología" en MARIO BRICEÑO IRIGORRY: *Mensaje sin destino y otros ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1988, pp. 539-556.

En esto la autora del libro que comentamos no parece conocer el fondo y la forma de la palabra política.

Yolanda Segnini confunde (p. 91) a Caracciolo Parra León (1901-1939) con Caracciolo Parra Pérez (1888-1964), es el primero al cual dedicó Briceño Iragorry un trabajo interpretativo y no al segundo (*Trayectoria y tránsito de Caracciolo Parra*. San José: spi, 1940).

Enrique Bernardo Núñez (1895-1964) no fue Cronista de Caracas durante los primeros cinco años que ella indica (p. 95). Lo fue una segunda vez desde 1953 hasta su deceso. La muerte lo encontró ejerciendo esa posición.<sup>8</sup>

El libro de Pablo Rojas Guardia *La voz inbacabada* (Caracas: Ed. Arte, 1969) no se publicó en la fecha que ella indica (p. 97) sino nueve años más tarde, dato que ella copió de una fuente bibliográfica que lo consigna errado. Es obvio que no examinó el volumen.<sup>9</sup>

Si es verdad que Guillermo Meneses (1911-1978) fue casi el benjamín de la generación literaria de 1928, publicó por vez primera, su primer relato, en 1930.<sup>9a</sup> Si bien esto es cierto no creemos que su obra literaria, honda y densa, pueda ser llamada vanguardista como se dice (p. 99), ya que su cáscara más honda va mucho más allá de esa escuela, de ese modo, de tan fugaz paso por nuestras letras, ya que casi todos sus cultores, muchos de los que aparecieron en nuestra escena literaria en, alrededor, o después de 1928, lograron hacer lo más denso de su hacer literario mucho después y dentro de otros códigos.<sup>10</sup>

No creemos que pueda denominarse "grupo intergeneraciones" (p. 101) a quienes, en Maracaibo, se agruparon en "Seremos", peña que marcó los días de la vanguardia en esa región.

Cuando se refiere a lo que denomina "La voz del sexo débil" (p. 106) no menciona entre sus importantes ejecutorias del período el Mensaje de las Mujeres al Presidente López (diciembre 30, 1935) y las gestiones para la reforma del Código Civil de 1942.

Clara Vivas Briceño no perteneció a la generación poética de 1918 como se indica (p. 107).

Es empuqueñecer a José Rafael Pocaterra (1889-1955) decir "Si en algún intelectual venezolano es cierta la afirmación de que la política coarta la obra creacional, este el caso de Pocaterra" (p. 119) ya que su obra mayor como creador y como prosista son sus *Memorias de un venezolano de la decadencia* (Bogotá: Ed. Colombia, 1927), obra que surge del combate político, libro en el

8. LUBIO CARDOZO/JUAN PINTO: *Diccionario General de la Literatura Venezolana*: Autores. Mérida: Universidad de Los Andes, 1974, p. 516.

9. LUBIO CARDOZO/JUAN PINTO: *Diccionario...*, p. 668.

9a. GUILLERMO MENESES: "Juan del Cine", Rev. *Elite*, Caracas: septiembre 13, 1930.

10. Con muchas reticencias se refiere Meneses a la vanguardia en el prólogo a sus *Diez cuentos*. Caracas: Monte Avila Editores, 1968, pp. 7-113. En esa misma introducción copia íntegro *Juan del Cine* (pp. 8-10). *Juan del Cine*, se transformó luego en el relato *Adolescencia* de su libro *Tres cuentos venezolanos*. Caracas: AEV, 1938. Este puede leerse también en *Diez cuentos* (pp. 13-34).

cual están sus mayores páginas literarias. Leer sus *Memorias*... mirando sólo lo político que hay en ellas es reducir la dimensión de su escribir, hay páginas en las *Memorias*... que por su maestría literaria sólo pudieron ser concebidas por el mismo escritor que fabuló los *Cuentos grotescos* (Caracas: Imp. Bolívar, 1922). En la misma página se atribuye a Pocaterra un libro, *Voces del viento*, que él no escribió. Lo hizo el escritor zuliano José Ramón Pocaterra. Es evidente que la Segnini copió el dato de una fuente donde la obra se atribuye a José Rafael Pocaterra y en su segunda edición también a su verdadero autor José Ramón Pocaterra.<sup>11</sup> Es obvio que la autora de *Los caballeros*... no tuvo en sus manos, ni leyó el libro del otro Pocaterra.

Tampoco José Fabbiani Ruiz (1911-1975) fue autor de ensayos de carácter socio-económico como se indica (p. 120) y mucho menos compuso el volumen *Latifundio*. (Caracas: Ed. Elite, 1937) el cual si bien apareció con su firma, su verdadero autor fue Miguel Acosta Saignes, un perseguido político en ese momento y Fabbiani, siempre generoso como fue, le prestó el nombre para que aquella obra pudiera publicarse y difundirse su importante tesis. Este hecho, del siempre apasionante capítulo de las investigaciones bibliográficas, es bien conocido. Nosotros lo sabemos por habernoslo relatado el propio Fabbiani Ruiz.<sup>12</sup>

Al contrario de lo que se afirma (p. 125) en 1935 hacía un año que Arturo Uslar Pietri había regresado a Venezuela, tras cumplir con sus labores diplomáticas en Francia. Se equivoca también al señalar que "Uslar no publica

- 
11. LUBIO CARDOZO/JUAN PINTO: *Diccionario*..., p. 615. En la segunda edición de este mismo *Diccionario*... (Mérida: Universidad de Los Andes, 1987. 2 vols.) se atribuye *Voces del viento* tanto a José Rafael Pocaterra (t. II, p. 409) como a José Ramón Pocaterra (t. II, p. 410) con la particularidad que al atribuírsela a su verdadero autor (t. II, p. 410) es citado bajo el título errado de *Voces al viento*.
  12. Todo el problema bibliográfico que plantea la primera edición de *Latifundio*. Caracas: Ed. Elite, 1937. 245 p., que es la que fue impresa firmada por José Fabbiani Ruiz, es bien conocido pues es un hecho explicado hace mucho tiempo, de lo cual da noticia hasta el Fichero Público de nuestra Biblioteca Nacional. Al año siguiente de la primera edición venezolana de *Latifundio* este mismo libro fue impreso en México, en unas ediciones que se hacían bajo el cuidado del Dr. Salvador de la Plaza (1896-1970). Así la segunda edición de la obra de Acosta Saignes es *Latifundio*. México: Ed. Popular, 1938. 201 p. Todo lo que hemos señalado lo señala bien el propio Acosta Saignes en su "Prefacio a la Segunda Edición", que en verdad fue la tercera, de su obra *Latifundio*. Prólogo: Rómulo Betancourt. Caracas: Procuraduría Agraria Nacional, 1987. 188 p. En esta edición al trazar la historia de este impreso se refiere Acosta Saignes al préstamo del nombre que le hizo Fabbiani Ruiz (p. 12). Todo lo que se refiere a *Latifundio*, tanto en lo relativo al libro en sí como a su significación, ha sido examinado bien. Consultar el estudio de GERMÁN CARRERA DAMAS: "Sobre la historiografía marxista venezolana" en *Historiografía marxista venezolana y otros temas*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1967, pp. 101-156. En este estudio se alude a *Latifundio* (p. 114, 116, 131, 136). Sobre el hecho de haber puesto Fabbiani Ruiz su nombre a la primera edición se hace referencia en la p. 116, nota 11. En el mismo estudio puede verse una fotografía de la carátula de la edición caraqueña de 1937 en el cual aparece claramente el nombre de Fabbiani Ruiz (p. 122). Que *Latifundio* es otra obra de Acosta Saignes es asunto muy conocido por los serios estudiosos de la época lopecista y del pensamiento de nuestras izquierdas durante esos años. Ver por ejemplo MANUEL CABALLERO: *Rómulo Betancourt*. Caracas: Ed. Centauro, 1977, pp. 75-78 y 135, nota 24 y MANUEL CABALLERO: *Las Venezuelas del siglo XX*. Caracas: Ed. Grijalbo, 1988, p. 199, nota 3.

obra trascendente durante los diez años de su actividad ejecutiva" (p. 127). Esto es un error ya que en ese período aparece su libro de narraciones *Red*. (Caracas: Ed. Elite, 1936) en el cual están varios de sus mejores relatos, obra en donde es evidente su tendencia hacia el realismo mágico, término que fue él quien primero utilizó para bautizar tan rico movimiento dentro de la literatura latinoamericana.<sup>13</sup> *Red*, es un libro al cual hay que acudir para trazar los rasgos de Uslar Pietri como creador de ficciones, obra que por cierto cita la autora de *Los caballeros...*, sin haberla leído. De haberlo hecho otra hubiera sido su afirmación. En este y en otros pasajes la autora parece estar empeñada en demostrar una tesis preconcebida y no en historiar a partir de la documentación, pruebas que deben ser conocidas bien. Lo dicho sobre Uslar nos vuelve a demostrar que actúa en forma inversa: se hizo una idea y fue a las fuentes a demostrar el juicio previo que se había formado. Nos referimos a *Red* por su singularidad. Pero en el mismo período aparecieron también *Las visiones del camino* (Caracas: Suma, 1945) en donde están varias de las páginas más perfectas que el prosista Uslar Pietri ha producido, tal las descripciones de Brujas y de Toledo.

El inicio de lo que denomina "una nueva conducta femenina" (p. 134) no aparece en 1935. Sólo vuelve a reiterarse. Había ya aparecido en 1928. Tampoco es ese el momento en la cual se plantea por vez primera "posibilidad y viabilidad del divorcio" (p. 134) ya que este tenía existencia legal en Venezuela desde el 9 de abril de 1904,<sup>14</sup> días del gobierno (1899-1908) de Cipriano Castro (1858-1924).

Hemos señalado al comienzo de este artículo que la autora de *Los caballeros...* no está perparada para el examen de los documentos históricos. En su libro ella nos presenta unos papeles hallados en el "Public Record Office" de Londres. Es un memorial diplomático que ella utiliza y anota en forma incorrecta (p. 189-211). Afirmamos esto porque los viejos infolios que hablan del pasado deben ser publicados íntegros, cosa que siempre se ha hecho. Y si estos se anotan, lo cual también es práctica corriente entre los especialistas, debe saberse hacerlo. Sólo que cuando se hace, y en Venezuela hay pruebas modélicas de lo que afirmamos, las anotaciones se colocan a pie de página para que el lector pueda conocer el documento y pueda distinguir lo que dejó consignado el autor del mismo y aquello que el historiador está añadiendo para su exacta comprensión en el presente.

Por su parte la Segnini en vez de hacerlo así ha intercalado en él sus propias palabras. Con ello no sólo falsifica el documento anglosajón sino que impide a los lectores distinguir con toda claridad que es lo que consignó el funcionario diplomático que redactó el papel y lo que ella ha colocado para la comprensión actual del asunto que trata ese viejo infolio. Y el hecho de afirmar ella "Es con la licencia de este aval que intercalo en una lista inglesa que he depurado" (p. 189) es la mejor confesión de su incapacidad para hacerlo. Un documento, fuente de todo conocimiento histórico, no puede falsearse, no se le pueden intercalar pala-

13. ARTURO USLAR PIETRI: *Letras y hombres de Venezuela*. Caracas-Madrid: Edime, 1958, p. 287. Ver también DOMINGO MILIANI: *Uslar Pietri, renovador del cuento venezolano*. Caracas: Monte Avila Editores, 1969, pp. 51 y 105.

14. MANUEL PÉREZ VILA, ed.: *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, 1988, t. II, p. 1125.

bras que su autor no estampó, ni es posible depurarlo. Hay que dejarlo tal cual fue concebido. Si se hace necesario aclararlo esto se hace en notas a pie de página. Y en Venezuela los nuevos historiadores tienen ante sí numerosas obras las cuales pueden estudiar y así comprender como se anotan las hojas que nos hablan del pasado<sup>15</sup>.

Nos parece obvia la conclusión de nuestra incursión a través de las páginas del libro de Yolanda Segnini: estamos ante una obra de poca importancia, la cual fue superficialmente preparada, cuya autora no examinó con seriedad la documentación en la que se basó. Un libro interminado, un volumen que una persona que desee realizar un cultivo profesional de la historia no debía haber publicado. Un tomo, que como lo hemos demostrado, no pasó por los canales normales del mundo editorial, no fue examinado por el "Comité de Lectura" de la empresa que lo publicó. De haberlo hecho los miembros de ese "Comité", que todas las editoriales poseen, hubiera detectado las fallas señaladas y estas hubieran podido corregirse. Así no se engañaría al público lector ofreciendo una obra en la cual se falsea a un tiempo decisivo y a los hombres y mujeres que en él actuaron.

Caracas:

Febrero-26 junio-27 julio-12, 1991.

---

15. Entre éstas deben citarse, por la destreza en que fueron preparadas, las cuales sirven de fuente de estudio del asunto que tocamos, las siguientes: MONSEÑOR NICOLÁS E. NAVARRO: *Diario de Bucaramanga*. Caracas: Tip. Americana, 1935; CARACCILO PARRA LEÓN: *Analectas de Historia Patria*. Caracas: Ed. Sur América, 1935; FRAY PEDRO SIMÓN: *Noticias históricas de Venezuela*. Edición crítica y notas: Demetrio Ramos Pérez. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1963; PEDRO DE AGUADO: *Recopilación histórica de Venezuela*. Edición crítica y estudio preliminar: Guillermo Morón. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1963; SIMÓN BOLÍVAR: *Escritos del Libertador*. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1964-88. 20 vols. y CARDENAL JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *El Arzobispo Felipe Rincón González*. Caracas: Ed. Trípode, 1988.